

SAN FÉLIX DE VALOIS, CONFESOR

Día 20 de noviembre

P. Juan Croisset, S.J.

San Félix, de la real casa de Valois, nació el 19 de Abril del año de 1127. Desde niño se conoció lo que había de ser después, asomándose ya desde entonces muchas señales de su futura santidad, particularmente de su tierno amor á los pobres, con quienes, cuando ya mayorcito, repartía de los platos más delicados que le servían á la mesa. Más de una vez se despojó de su propio vestido para cubrir la desnudez de algún necesitado. Habiendo pasado sus floridos años en el ejercicio de la virtud, todos los pensamientos de Félix se convirtieron hacia la soledad, deseoso de entregarse enteramente á Dios, y persuadido de que nunca se gusta más del Señor que cuando el alma totalmente se desvía y se aleja del mundo. Los gritos de éste no penetran al desierto, y en no dejándose percibir de nosotros el bullicioso estrépito del mundo, entonces nos habla Dios al corazón, consistiendo en esta íntima comunicación de Dios con el alma y del alma con Dios aquellas inefables dulzuras que las almas santas gustan ya desde esta vida. Retiróse, pues, Félix del mundo para entregarse más libremente á la contemplación de su Dios; pero antes quiso recibir el Sacerdocio para cortar toda esperanza de subir al trono de Francia, de que no estaba muy distante, en virtud de la ley Sálica que excluye á las hembras de la sucesión á la corona.

Ordenado nuestro Santo de Sacerdote, se retiró al desierto, donde entablo una vida muy penitente, pero endulzada su austeridad con la abundancia de celestiales consuelos. Cuanto más se empeñaba él en

negar al cuerpo las conveniencias de esta vida, más se empeñaba Dios en regalar á su alma con el alimento del Cielo; debilitábase aquél con el ayuno, y ésta se fortalecía con los dones del Señor. Así vivía Félix en la soledad, esperando acabar en ella sus días de esta manera, y reduciéndose toda su ambición á vivir y morir en el desierto, desconocido á los hombres, y entregado á Dios únicamente. Pero como eran muy diferentes los altos fines de la divina Providencia, dispuso se fuese al mismo desierto aquel que tenia destinado para compañero de Félix en la ejecución de sus intentos. Era un caballero provenzal, joven, teólogo y doctor de la Universidad de París, llamado Juan de Mata; el cual, movido de una visión que tuvo cuando celebró su primera Misa, y noticioso de la virtud de nuestro solitario, fue expresamente á buscarle para entregarse á su dirección y aprender en su escuela los caminos de la perfección á que se sentía llamado. Recibió Félix con amor al discípulo que le enviaba el Cielo, y repartió con él los tesoros con que el Espíritu Santo le había enriquecido. Caminaban juntos por el camino de la perfección; eran dos atletas que corrían á un mismo tiempo por una misma carrera, á un mismo término y aspiraban á igual premio. Animaba á entrambos un mismo ardor, un mismo fervor, y era uno mismo en entrambos el amor de Dios. Iguales uno y otro en la inclinación á mortificarse, ningún medio omitían para contentarla; su alimento era la oración, y Dios el único asunto de todas sus conversaciones. Así pasaron algunos años en una vida penitente y toda recogida en Dios, hasta que Juan declaró á Félix el pensamiento que el Cielo le había inspirado en su primera Misa, sobre dedicarse á solicitar la libertad de los cautivos cristianos que gemían bajo la esclavitud de los moros [mahometanos], expuesta su religión á un continuado peligro. Refirióle la visión que tuvo entonces en el oratorio del Obispo de París, á la misma elevación de la Hostia, representándosele en el aire un ángel en figura

de un bizarro joven vestido de blanco, y en el ropaje una cruz roja y azul con dos cautivos de diferentes religiones, cada uno á su lado, oprimidos ambos de cadenas, y levantando las manos como pidiendo con ansia que los librase de aquella opresión. Estaba Juan refiriendo á Félix esta visión, y la impresión que había hecho en su alma, sintiéndose desde entonces abrasado en un encendido celo por la redención de los cautivos cristianos que gemían bajo la tiranía de los infieles, cuando los dos vieron venir hacia sí un corpulento ciervo, entre cuyas dos astas se dejaba ver una cruz, en todo semejante á la que se registraba en el ropaje del ángel que se había aparecido á San Juan de Mata. A vista de aquel prodigio no les quedó la menor duda de lo que el Cielo quería de los dos en orden á los cristianos cautivos, y desde el mismo punto comenzaron á pensar seriamente en los medios de poner en ejecución las disposiciones del Cielo. Mientras tanto, á la fama de los dos santos solitarios había concurrido al desierto gran número de discípulos que, dirigidos por aquellos dos grandes maestros de la vida espiritual, hacían maravillosos progresos en el camino de la virtud; de manera que en breve tiempo se formó una comunidad, cuyo fervor en nada cedía á las más numerosas y más antiguas. Confirmados nuestros Santos con aquellos fervorosos reclutas en la resolución que habían tomado de dedicarse enteramente á la redención de los cautivos cristianos, determinaron pasar á Roma para declarar al Papa sus intentos y saber del oráculo visible del Espíritu Santo lo que debían ejecutar. Aunque nuestro Santo pasaba ya de sesenta años, quiso también ser del viaje y tener parte en el ministerio. Después de muchos días de oraciones, ayunos y rigurosas penitencias para que el Señor se dignase echar su bendición á la empresa, dejaron el cuidado de la ermita á cargo de los discípulos más probados y de mayor confianza. Su viaje fue un ejercicio continuo de oración y de penitencia. Luego que llegaron á Roma, se

presentaron al Papa Inocencio III, que los recibió con amor de padre. Entregáronle las cartas de recomendación del Obispo de París, en que daba testimonio de la santidad de su vida, y al mismo tiempo acreditaba la importancia del santo fin por que habían emprendido el viaje á la corte de Roma. Concedióles el Papa ciertas audiencias, y habiendo consultado el negocio con una junta de obispos y cardenales, que formó para este asunto, examinado y aprobado el pensamiento, quiso Su Santidad aprobar también el instituto de aquella comunidad, y poco tiempo después la erigió en una nueva religión con el título de Orden de la Santísima Trinidad, Redención de Cautivos, cuyo primer ministro general fue nombrado San Juan de Mata. Volvieron á Francia Juan y Félix, donde admitieron la donación que se les hizo de un corto espacio de terreno que se llamaba Ciervo-frígido, y en él fundaron el primer convento, que se consideró después como el principal y máximo de toda la religión. Habiendo formado San Juan de Mata la regla y constituciones de su recién nacida Orden, volvió á Roma, dejando encargado el gobierno de Ciervo-frígido y de toda la religión en Francia á nuestro San Félix, su compañero en aquella santa obra. Multiplicáronse los conventos por la bendición que echaba Dios á sus trabajos, y por la liberalidad de muchas buenas almas que contribuían con sus bienes al mayor adelantamiento de la obra del Señor. En este convento de Ciervo-frígido recibió Félix un favor muy singular de la santísima Virgen. La víspera de su natividad, antes que se levantasen los frailes á maitines, velando el Santo, como acostumbraba, y entrando en el coro, vio en él á la Reina de los Ángeles con el hábito y cruz de la Orden, despidiendo brillantes resplandores, acompañándola multitud de espíritus celestiales en el mismo luminoso traje. Incorporóse Félix con aquel coro celestial, acompañando con el corazón y con la boca las alabanzas que todos cantaban al Señor. Un hombre tan

favorecido del Cielo, parece que no debía estar más tiempo sobre la Tierra, y así le previno un ángel que se acercaba su muerte; noticia gozosísima para quien el Cielo, por decirlo así, acababa de acostumar á la armonía de su música divina. Estando para morir el padre convocó á sus queridos hijos; y habiéndolos exhortado á todos á la caridad con los pobres y con los cautivos, lleno de años y de merecimientos pasó de esta vida transitoria á gozar de la eterna en el seno de su Dios. Murió el día 4 de Noviembre del año de 1212, á los ochenta y cinco y siete meses de su edad. El Papa Beato Inocencio XI, por un breve de 30 de Julio de 1679, trasladó su fiesta al 20 del mismo mes, mandando que se rezase de él en toda la Iglesia.

SAN EDMUNDO, REY Y MÁRTIR

Aunque desde el tiempo del rey Egberto, año de 802, los reyes de los west-sexos fueron monarcas universales de toda la Inglaterra, reinaron, no obstante, algunos príncipes en algunas partes de ella después de su tiempo, bien que subordinados á aquél en cierto modo. Un tal Offia era rey de los est-anglos, y, deseoso de acabar sus días en penitencia y devoción en Roma, renunció su corona en San Edmundo, que á la sazón no tenía más que quince años de edad, pero príncipe muy virtuoso y descendiente de los antiguos reyes anglosajones de la isla. Fue, pues, colocado el Santo en el trono de sus mayores, y coronado por Humberto, obispo de Elman, en el día de Navidad del año de 855, en Burum, ciudad real sobre el Stour, llamada ahora Bures ó Buers, que Hearne cree sea Sudbury. Aunque muy mozo, era por su piedad, bondad y demás virtudes modelo de buenos príncipes. Era enemigo declarado de todo lisonjero, y quería ver siempre con sus propios ojos y oír con sus propios oídos, y no con los de sólo sus consejeros, para no poder ser fácilmente

engañado de los designios depravados de otros. La paz y la felicidad de su pueblo era todo su anhelo, las que procuró darles con una administración recta é imparcial de la justicia, y una religiosa dirección de sus dominios. Fue padre de sus vasallos, particularmente de los pobres, protector de las viudas y huérfanos, y el apoyo del flaco y necesitado. La religión y la piedad fueron los distintivos principales de su carácter. Los monjes y los devotos todos acostumbraban en aquel tiempo aprender de memoria el Salterio para rezarle, mientras estaban en sus labores ocupados. Para hacerlo así Edmundo vivió retirado un año entero en su real torre de Hunstanton, que él mismo había erigido para retiro suyo campestre, cuyo lugar es, al presente, el pueblo de Norfolk. El libro que el Santo usó para este objeto se conservó en San Edmundsbury hasta la extinción de las abadías.

Quince años había reinado este príncipe, cuando los danos ó dinamarqueses, capitaneados por los dos hermanos Hinguaro y Hubba, los más bárbaros de cuantos piratas danos se conocieron en aquellos tiempos, desembarcaron en Inglaterra. Tomando tierra en el puerto del Twida, entraron á fuego y sangre en el Nortumberland, y después á Mercia, dirigiendo su marcha por los condados de Lincolna, Nothampton y Cambridge. Llevados del furor, de la rabia y la crueldad, y de una aversión la más implacable al nombre cristiano, destruían por todas partes iglesias y monasterios; y, arrebatados de un movimiento bárbaro de su inhumanidad, asesinaban cuantos sacerdotes y religiosos encontraban. Sedientos siempre de sangre aquellos bárbaros, invadieron por fin los dominios de San Edmundo, quemando á Thetford, que fue la primera ciudad que hallaron, y devastando y talando cuanto por delante hallaban. Los pueblos, lisonjeándose de la fe de los tratados, se creían seguros y estaban descuidados. No obstante, el buen rey juntó las fuerzas que pudo, salió

al encuentro de los infieles, ó á lo menos á una parte del ejército de ellos, cerca de Thetford, y los derrotó. Pero viendo que á poco se reforzaban con nuevas gentes, contra cuyo número no podía sostenerse el de sus tropas, y no queriendo sacrificar en vano las vidas de sus soldados, temiendo también la pérdida de tantas almas de infieles como perecían en un combate sin triunfo, despidió sus gentes y se retiró hacia el castillo de Framlingham en Suffolk. Los bárbaros le habían enviado proposiciones que ni se conformaban con la religión ni con la justicia que el Rey daba á sus pueblos. Desechólas el Santo, resuelto antes á morir víctima de su fe que hacer cosa alguna contra su conciencia y religión. En su fuga fue sorprendido y cercado en Hoxon sobre el Wavency por los infieles que le siguieron; escondióse y estuvo oculto algún tiempo; pero, habiendo sido descubierto, le cargaron de pesadas cadenas, y le condujeron á la tienda del general. Volviósele á ofrecer capitulaciones igualmente perjudiciales á la religión y á su pueblo, que rehusó aceptar el santo rey, declarando ser más apreciable para él la religión que la vida, la cual nunca compraría á precio de ofender á Dios. Airado Hinguaro con esta respuesta, mandó enfurecido que le maltratasen con correas; después que le atasen á un árbol y le estuviesen azotando mucho tiempo. Con increíble paciencia y mansedumbre sobrellevó el Santo todo esto, sin cesar de repetir el nombre de Jesús. Los infieles, cada vez más exasperados, conforme estaba atado al árbol, le hicieron blanco de sus tiros, y le cubrieron el cuerpo de flechas hasta ponerle como un puerco-espín, hasta que al fin Hinguaro, para completar su sangrienta crueldad, le mandó cortar la cabeza. Así acabó el Santo su martirio, tal día como hoy del año de 870, el quince de su reinado y el veintinueve de su edad; de cuyo caso supo San Dunstano, que escribió su vida, todas las circunstancias de un rey de armas del Santo que fue testigo de vista. El sitio se llamaba entonces

Henglesdum, al presente Hoxon ú Hoxne, donde fue elegido un priorato de monjes con el título del santo mártir.

La cabeza del Santo fue llevada por los infieles á un bosque, y arrojada entre sus malezas; pero fue hallada milagrosamente por una columna de luz, y depositada con el cuerpo en Hoxon. Estas sagradas reliquias fueron poco después conducidas á Kingston, llamada desde entonces Edmunsbury, por ser aquel lugar ciudad propia de San Edmundo y posesión de su patrimonio, y no por razón de su entierro. Sobre el sitio en que fue enterrado se erigió una iglesia de mimbres, construida así según el estilo de aquella era. Clavaban en el suelo troncos de árboles, los sujetaban por arriba con mimbres ó cosa semejante, y los intervalos de tronco á tronco los llenaban de barro, con que formaban las paredes, y sobre ellas erigían una cubierta correspondiente á la materia de que se componía todo el edificio.

Las reliquias de San Edmundo fueron honradas con muchos milagros, y en el año 920 fueron llevadas á Londres. Después de haber estado allí tres años en la iglesia de San Gregorio, fueron otra vez trasladadas con honor á San Edmunsbury, en el año de 923. Los historiadores británicos refieren con admiración la piedad sin igual, la humildad, mansedumbre y demás virtudes de este santo rey. Este príncipe incomparable y santo mártir fue reverenciado por los sucesivos reyes ingleses como patrono especial del reino, y como un perfecto modelo de cuantas virtudes debe tener un príncipe.

La Misa es en honor de San Félix, y la oración la siguiente:

iOh Dios, que por una vocación verdaderamente

celestial retiraste de la obscuridad del desierto para la redención de los cautivos á tu confesor el bienaventurado Félix, suplicámoste nos concedas que libres, mediante tu gracia y tu poderosa intercesión, del cautiverio del pecado, seamos conducidos á la Patria celestial! Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del cap. 5 del apóstol San Pablo a los corintios.

REFLEXIONES

El discípulo de Cristo no se conoce menos por las maldiciones y por los ultrajes con que le maltratan los impíos y los disolutos, que por los beneficios y por las bendiciones con que él les corresponde. Pagar bien por mal es una victoria muy gloriosa que consigue el hombre de sí mismo y de su enemigo. Encuéntranse á la verdad corazones duros, almas viles y terrestres, más parecidas á leopardos feroces (según la expresión de San Ignacio mártir) que á hombres racionales, las cuales se irritan más con los beneficios, se hacen más enemigas, más furiosas, se dejan arrebatarse más del encono y de la malignidad con la mansedumbre, con el buen trato, con la urbanidad y con una generosa y cristiana correspondencia. Los obsequios y los favores con que se les procura ganar, son, dice el Espíritu Santo, carbones encendidos que los echas sobre la cabeza. Echar carbones encendidos sobre la cabeza de tu enemigo, exponen San Jerónimo y San Agustín, es ablandar á fuerza de beneficios la dureza de su corazón, es causarle un vivo dolor de haber ofendido á quien le colma de bienes, y obligarle á que te quiera, aunque le pese. Pero si todavía se resiste á un medio tan dulce como eficaz; si todavía persevera en aborrecerte, no obstante tus beneficios, se hace digno de mayor castigo, y enciende más la cólera de Dios. Sólo aquel que formó el corazón

del hombre puede mudar de esta manera sus afectos y movimientos naturales, enseñándonos á tomar satisfacción de las injurias con obsequios y con bendiciones. Esto fue, sin duda, lo que más contribuyó á establecer y á dilatar la fe en el mundo.

El Evangelio es del cap. 12 de San Lucas.

MEDITACIÓN

De los peligros de la salvación.

PUNTO PRIMERO.—Considera que en esta vida son tan frecuentes los peligros de la salvación como lo son los malos pasos en un camino escarpado y escabroso cuando se viaja por él en una noche tenebrosa, lóbrega y oscura. ¡Cuántos lazos se arman á la virtud y á la inocencia! ¡Qué de estorbos que vencer! ¡Cuántos artificios que apenas se pueden prevenir, y con suma dificultad evitar! O hayas nacido rico ó hayas nacido pobre; ó seas un hombre oscuro ó seas un ilustre personaje; ó estés dotado de grandes talentos ó seas un hombre inútil; y ya te sobre todo, ó ya no tengas sobre qué caerte muerto, en todo hay peligros, en todo es menester estar siempre sobre las armas como en país enemigo. Es la vida del hombre una continua guerra. Todo es peligro, todo tentación en fortuna elevada. La clase, el empleo, el ministerio superior y distinguido, á ninguno le levantan á la cumbre sin exponerle á furiosos golpes de viento. Mucha virtud es menester para no dejarse abatir en la adversidad; pero mucho mayor se necesita para saberse contener en la abundancia. Es menos expuesto el estado religioso, pero no es menos digna de temer la seguridad. Si las pasiones estuvieran desterradas de él, habría menos peligro. Todas éstas son unas grandes verdades: pues ¿en qué se funda la fatal

seguridad con que viven muchos, así en el estado religioso como en el secular? ¡Y después nos admiraremos de que sea tan corto el número de los escogidos!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no se habla ahora de aquellos peligros claros, públicos y notorios que siempre se presentan á cara descubierta, ni más ni menos como son, y nunca acometen por sorpresa; como bailes, espectáculos, tablajerías, conversaciones libres, diversiones emponzoñadas, comunicaciones sospechosas, parcialidades y maquinaciones. Basta una tintura de religión para conocer su veneno y su malignidad. Hablase de aquellos peligros mudos, disimulados y secretos que apenas alteran á nadie, y de los cuales casi ninguno desconfía; siendo, no obstante, escollos encubiertos en que hace la inocencia tristísimos naufragios. La gracia, el donaire, el chiste y todas aquellas prendas que hacen grata y amable á una persona, no son el asilo más seguro de la virtud. ¿Y qué sería de esas indecentísimas pinturas que introducen la muerte por los ojos hasta el corazón, siendo sus golpes más mortales, por lo mismo que apenas se perciben las heridas? En medio de eso, todo esto se tiene por cosa indiferente, aunque tarde ó temprano todo dé la muerte al alma; y no sólo no se desconfía de estos peligros, pero ni aun apenas se advierten.

¡Buen Dios, cuántos y cuántos se condenan sin temor!
¡ Ah, y con cuánta razón nos exhorta nuestro apóstol á que trabajemos con temor y con temblor en el negocio de nuestra salvación ! ¡Ah, y con cuánta razón se retiró San Félix á un desierto, como lo hicieron también tantos otros santos! Haced, Señor, que su ejemplo me abra los ojos para conocer los peligros que me cercan, y dadme vuestra gracia para evitarlos.

JACULATORIAS

Líbrame, Señor, de tantos lazos como por todas partes me arman los enemigos de mi salvación [el demonio, mundo y la carne].—Ps. 90.

Defiéndeme, Señor, de las redes en que me quieren recoger.— Ps. 140.

PROPÓSITOS

1. Asombro es que, conviniendo todos en los peligros de nuestra salvación, que por todas partes nos cercan, se viva, sin embargo, con tanta seguridad y sin el menor temor en medio de esos peligros. ¡Qué error, Dios mío! ¡Qué desvarío, qué presunción, qué locura! Por más seria que sea tu voluntad y por más firme que te parezca tu resolución de resistir á las tentaciones, desconfía de ti mismo, huye con el mayor cuidado de los peligros, haz continuamente centinela contra tu propio corazón: mira que casi siempre se burla de los que se fían de él. Evita esas concurrencias brillantes, huye de esos objetos peligrosos, desvíate de esas conversaciones, ahoga, sofoca esas inclinaciones demasíadamente naturales.

2. *Quien ama el peligro perecerá en él.* Este oráculo es de la misma verdad. Si quieres evitar los más imprevistos y los más temibles, teme los más ligeros. Sobre todo has de tener una gran delicadeza de conciencia en todas las materias: nada te has de perdonar. El negocio de la salvación es delicado, es difícil, es muy espinoso. Nunca sobran precauciones, ningunos medios están de más para salir con él. Está continuamente muy sobre ti, y haz particular reflexión á las palabras del *Padrenuestro: No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal.* No te expongas tú mismo á ella por ligereza ni por presunción. La fuga de las ocasiones y la oración son los dos grandes y poderosos medios para burlarse de todos los artificios del tentador.